

berno la iglesia de Quauhtemalan, habia dado tantas pruebas de su desinterés y santidad, que aun aquellos pueblos los lloraban, y que en los cinco años que llevaba de arzobispo se habia grangeado el renombre de padre comun; así que todos se persuadian que gobernaria el vireinato no como juez, sino como obispo santo. Efectivamente, como se lo imaginaron así sucedió; pues de tal modo supo templar la justicia con la mansedumbre, la liberalidad con la economía, que su gobierno servirá en los siglos venideros de ejemplo. Lo primero en que entendió, fué en la reparacion de las obras públicas. El palacio de los vireyes, que no era de la mejor arquitectura, y que estaba imperfecto, y por lo mismo no parecia digno de la primera ciudad del nuevo mundo, lo renovó y acabó. Hizo de nuevo muchos puentes en las acequias, y restauró otros ruinosos. ¹ En el mismo año el arzobispo quitó la superintendencia del desagüe á Fr. Manuel Cabrera, y puso en su lugar al oidor D. Lope de Sierra, quien á pocos meses que entendía en aquella obra, avisó al Virey que estaba terminada. Luego que esta voz se esparció por la ciudad, dió gran materia de murmuraciones, no pudiendo persuadirse los mejicanos á que una empresa que por lo menos necesitaba un siglo, y á la cual seis meses antes faltaba mucho, se hubiera podido terminar en tan poco tiempo. Entre los demas que hablaban del caso, el principal como mas inteligente era Fr. Manuel Cabrera, que pidió á la audiencia ser oido, y habló en estos ó semejantes términos.

“Temeraria ser tachado de vengativo, y

¹ Betancourt, tom. 1. trat. de Méjico, capítulo 2.

² El mismo autor, trat. 1. cap. 2.

que por despiques afirmaba que era un imposible que el descubrimiento del desagüe se hubiera acabado, si no hablara delante de un tribunal compuesto de sábios ministros imparciales, que velan en el bien comun, y no viera eminente la ruina de esta muy noble ciudad. Estas dos razones me mueven á exponer á V. A. lo que la experiencia en muchos años me ha enseñado. Hasta ahora no se ha acabado de descubrir el desagüe en toda su extension: se ha llegado á un puesto en que se precipitan las piedras, leña y demas cosas que las avenidas arrastran, y si para dar salida á estas el conducto no se ensancha, vendrá á atramparse. A esto se debe atender ante todas cosas, si se logra; entonces se podrá cesar del trabajo. Ahora ciertamente si se para la obra, se duplicarán los gastos, y dentro de pocos años ¿qué sumas no serán necesarias para desatacar el desagüe? No en valde nuestros mayores maestros de esta ciencia, no hallaron otro medio para dar corriente á aquel cúmulo de aguas, que el descubrimiento del conducto. Lo que hasta aquí llevo dicho, es una demostracion, y me persuado á que V. A. convendrá conmigo, si trae á la memoria que desde los principios se erró la obra por no haber seguido el plan propuesto. El conducto que se llama desagüe, es tan estrecho, que no puede abarcar toda la agua que traen las avenidas: ¿cómo pues abarcará las piedras, arena y maderos que estas arrastran? En esto solo, á mi ver, se debe trabajar; de otra manera la fatiga y caudales consumidos en sesenta y siete años será inútil. Siendo esto constante ¿para qué son estas piezas? ¿Permitirá V. A. que con vergüenza de esta ciudad se borre de la memoria la mayor obra y monumento de la magnificencia mejicana? Las obras grandes necesitan gran tiempo; si este se acor-

ta, ó quedan imperfectas, ó son inútiles. Continúese por treinta ó mas años á descubrir el conducto, entonces si que sin miedo de ensolvase podremos gloriarnos de haber hecho una obra, que si no excede á los monumentos de la antigua Roma, ciertamente los iguala, dejando para siempre á Méjico libre de inundaciones.” Fueron desatendidas estas razones de aquel religioso, y el voto de D. Lope de Sierra prevaleció. En seguida hubo repique general, y en accion de gracias se cantó en la iglesia catedral el *Te Deum laudamus*, con asistencia de los tribunales.

1675. ¹ En el siguiente año, á lo que entiendo, el arzobispo Virey, hizo renovar los empedrados de la ciudad, y los de las calzadas. Por la gran devocion que profesaba á la milagrosa imagen de Guadalupe, personalmente acudia á los que trabajaban en la calzada que de Méjico va á este Santuario, y su presencia y exhortaciones á los trabajadores, cooperaron á la presteza con que se renovó. Hecho esto, condujo el agua por una bella arquería á la plaza de aquel templo, que no duró largo tiempo. ² En este año se comenzó á acuñar oro en la casa de moneda, pues hasta entonces aquel metal en tejos, por mandamiento de los reyes, se llevaba á España.

1676. ³ Este año un furioso incendio destruyó el magnífico templo de S. Agustin el 11 de Diciembre, cuando se celebraban las fiestas de la jura del Rey Carlos.

1677. De varios instrumentos consta que en este año era corregidor de la ciudad

¹ Betancourt, tom. 1. trat. de la ciudad, capítulo 2.

² Betancourt, tom. 1. trat. de la ciudad de Méj. capítulo 5.

³ P. Oviedo en la vida del P. Vidal, libro 2. cap. 14.

dad D. Alonso Ramirez Valdés, y superintendentes del desagüe, el oidor D. Andres Sanchez Ocampo. ⁴ A principios del año, llegaron á Méjico los hermanos Betlemitas, que habian fundado su órden bajo la direccion del V. Pedro Betancourt en Quauhtemalan, cuyo instituto ya aprobado de la Santa Sede, era asistir á los convalescientes, D. Fr. Payo los recibió con benignidad, y solicitó de la cofradia de S. Francisco Javier que les adjudicase para la fundacion de su hospital de convalescientes ciertas rentas que una muger piadosa habia dejado para el mantenimiento de viudas que deseaban vivir en retiro. Conseguidas estas y otras rentas, el piadoso sacerdote Vidal corrió con la prevencion de lo necesario para la iglesia, que con gran solemnidad se abrió el 25 de Marzo. ⁵ El protomedicato en este año aconsejó á la ciudad que prohibiera la siembra del grano llamado blanquillo, que acaso será la álaga, por parecerle que era dañoso á la salud. ⁶ De aquí colijo que acaso este año fué escaso de panes en la Nueva España. Entre tanto que esto pasaba ⁷ el Virey obligado de un mandamiento de la Reina gobernadora, cometió á D. Isidoro Otondo que en el puerto de Chacala alistara embarcaciones que trasportasen á Californias una colonia.

1678. ⁸ Carlos II, que el año anterior habia salido de la minoridad, lo participó á la ciudad de Méjico y al arzobispo Virey, á quien á mas de esto significó su agradecimiento por los buenos informes

⁴ Betancourt, tom. 1. trat. de Méjico, capítulo 7.

⁵ Eguiara, Bibliot. Mejicana, fol. 3.

⁶ Es especie de trigo amarillo de inferior calidad, del que se consume mucho en Oaxaca, y llaman pan amarillo.

⁷ Clavijero, hist. de Calif. lib. 2. párrafo 6.

⁸ Alvarez Colmenar. Anales de España y de Portugal. tom. 1. fol. 267.

que habia recibido de su paternal gobierno. A la verdad, el Rey tenia mucha razon de estar agradecido á D. Fr. Payo, quien no atendiendo sino al bien público, en él gastaba sus cuantiosas rentas, por lo cual dejó dentro y fuera de la ciudad muchos monumentos de su magnificencia.¹ No contento con esto velaba sobre las rentas reales. Para que estas no se las apropiaran los que en ellas entendian, ni se gastara en otros usos que en los establecidos, por medio de diestros contadores liquidó las rentas y gastos con tanto aumento del erario, que pudo enviar al Rey cuantiosas sumas, que en aquellos tiempos calamitosos fueron muy bien recibidas.²

1679. En este año era regidor D. José Romero, y superintendente del desagüe el oidor D. Francisco Montemayor. Al paso que los vecinos de Méjico se gloriaban de tener por virey á D. Fr. Payo, y ofrecian á Dios continuos votos por su conservacion, solo él se hallaba disgustado con el enorme peso del arzobispado y vireinato. Los hombres santos á quienes sus virtudes elevan á los primeros cargos, por lo comun viven en ellos disgustados, y no desean otra cosa que dejarlos. Conocen los peligros que los rodean, y la facilidad con que se puede faltar á sus obligaciones. Este pensamiento era un torcedor para aquel arzobispo, que lo obligó á escribir al Sumo Pontífice y al Rey, pidiéndoles por merced que lo descargaran de aquellos puestos. Edificado Carlos II, de aquel acto de humildad, sintió mucho aquella demanda, y así procuró que continuara en ambos empleos para que sirviera de ejemplo á los demas ministros de la Nueva España. Para esto le

¹ Betancourt, tom. 1. trat. de Méjico. capítulo 2.

² Betancourt, tom. 1. trat. de Méjico. capítulo 2.

respondió á su carta con términos respetuosos, poniéndole delante de los ojos el gran servicio que hacia á Dios y á la corona en gobernar con tanto acierto, de lo cual se complacia Dios y sacaba su gloria: que se sacrificara posponiendo su quietud y devocion al bien de tan gran reino. Esta respuesta, aunque acongojó á D. Fr. Payo, por considerar que se frustraban sus esperanzas, por entonces, con todo volvió á instar, seguro de que conseguiria lo que deseaba; á mas de esto interesó al mismo Rey para que le alcanzara del Papa lo que le tenia pedido.³

1680. 9. No dudo que á la precedente carta del arzobispo, se juntarian otras de personas de cuenta de la ciudad, que aseguraban al Rey que si al arzobispo no concedia su dimision, peligraba su salud. Esto á mi ver, influyó mucho para que tuviera el consuelo que deseaba. Pero queriendo Carlos II conservar en el gobierno de las Indias á prelado tan edificativo, determinó hacerlo presidente de aquel consejo, y nombrarlo obispo de Cuenca. Acaso se imaginó que D. Fr. Payo estaba disgustado de vivir en Méjico, y que deseando volver á su patria tomaba por medio la dimision de ambos puestos; pero esta conjetura cuan errada haya sido, se conoció despues. Entre tanto nombró por Virey al marques de la Laguna, D. Tomas Antonio Manrique de la Cerda,³ que hizo su entrada en la ciudad el 30 de Noviembre. Al nuevo Virey pasó el arzobispo la carta que habia recibido del gobernador de Nuevo Méjico, en que le daba parte de la sublevacion general de aquel reino, que se ejecutó de esta manera. Los indios ya reducidos que subian á venticinco mil, y estaban avecindados en venticuatro pueblos, se convinieron

³ Lib. Capitular.

con los gentiles que estaban estendidos por aquellas tierras¹ en dar sobre los españoles. Para ejecutar esto con el secreto que el negocio pedia, hubo en diversas partes varias juntas. Se ignora si los indios ya convertidos movieron á los idólatras, ó estos á aquellos: lo que consta es, que la trama se urdió tan bien, y que se guardó tal secreto, que aquella conjuracion que poco á poco se habia ido disponiendo, y que se estendió por mas de ciento cincuenta leguas, fué ignorada de los españoles, hasta que el 10 de Agosto improvisamente á una misma hora los asaltaron, dejando muertos 21 padres franciscanos que cuidaban de aquellos pueblos, y trabajaban en la reduccion de los infieles, y á todos los españoles que andaban por aquellas bastas provincias.²

Desembarazados los indios de estos, tuvieron la audacia de sitiar el fuerte de la capital Santa Fé, en donde residen los gobernadores. Por medio de algunos naturales fieles, los soldados de aquella guarnicion fueron avisados de que los enemigos se acercaban á la plaza; así que poniendo en son los pocos morteretes y fusiles que habia, se aprestaron para detener el ímpetu de los conjurados, que luego aparecieron dando grandes alaridos á su usanza. Los soldados los dejaron acercar; pero cuando estuvieron á tiro, las descargas hicieron en ellos tanto estrago, que el terreno quedó cubierto de cadáveres; no por esto aquellos bravos indios se acobardaron: soldados frescos entraron á sustituir á los muertos que disparaban diluvios de flechas contra los españoles. En estas vicisitudes pasaron diez dias, sin que aquellos indios se movieran de sus puestos, es-

¹ Betancourt, tom. 1. trat. 3. cap. 6.

² Existe el expediente de la conquista del nuevo Méjico en el archivo general, y lo he visto.—EE.

peranzados de que su constancia haria rendir la plaza. Al cabo de este tiempo, consumidas las proviciones de boca y guerra, y no pudiendo los españoles tolerar la hediondez que despedian los montones de muertos debajo del fuerte, determinaron abandonarlo con la poblacion, y á media noche, por caminos secretos y despoblados, salieron de Santa Fé, y se retiraron al presidio de Paso del Norte, que distaba doscientas leguas, desde donde dieron aviso al Virey de lo que pasaba. Entre tanto aquellos indios al dia siguiente, viendo que el fuego habia cesado, se creyeron que consumida la pólvora se les rendirian los españoles; pero como advirtieron que no se oía ruido ni habia indicio de gente, contentos de haberlos obligado á huir, y sin pensar en seguirlos, quemaron todos los edificios. La causa de esta sublevacion general, fueron las vejaciones que los naturales sufrían de los españoles, y el deseo de recobrar su libertad, la cual ha sido y será el origen de los levantamientos en los indios de la Nueva España. El Virey temeroso de que aquella rebelion cundiera por las provincias confinantes, mandó hacer levas, y tomar todas las disposiciones para recobrar en el siguiente año lo perdido.³

1681. 10. Al principio del año que siguió, marcharon de Méjico los escuadrones que iban al Nuevo Méjico: á éstos se les ordenó juntar gente de aquellos presidios, y sentar el real en el Paso del Norte, en donde por las diligencias de aquel gobernador, hallaron dispuéstas todas las cosas para hacer aquella jornada que emprendian con todo el arte militar. De aquí salieron en busca de los enemigos, pero sus diligencias fueron inútiles, por-

³ Compendio de Sinaloa en la historia del Paragua de Muratori.

⁴ Betancourt, tom. 1.

que estos jamas midieron sus fuerzas con los españoles, y bien que tuvieron diversos campos, estos los habian sentado en puestos inaccesibles desde donde espiaban la coyuntura de que algunos soldados se desvandasen para dar sobre ellos: este modo de guerrear, el mas seguro para quebrantar las fuerzas de los contrarios, mantuvieron aquellos indios en esta campaña, de lo que aburridos los españoles, quemadas sus rancherías y maizales, se volvieron al presidio. El odio que estos indios mostraron contra los españoles parecia innato: ni fué posible reducirlos prometiéndoles un perdon general, y otras muchas ventajas. Siempre se negaron á tratar de asiento; y lo peor es, que aun en nuestra edad no se ha podido recobrar lo perdido. Entre tanto el arzobispo D. Fr. Payo de Rivera¹ recibió la noticia auténtica de la aceptación de su renuncia del arzobispado, nueva que lo colmó de tanto gusto, cuanto experimentan los hombres ambiciosos en la posesion de algun gran cargo á que aspiraban; y así repartidos los pocos bienes que tenia en los templos y pobres,² dada su librería á los padres del oratorio de S. Felipe Neri, con pocos domésticos se fué á embarcar á Veracruz. Cuanto haya sido el dolor de los mejicanos en este lance, lo conocerán los que vieren salir de su reino un santo obispo, padre de los pobres. Llegado á España escribió al Rey, escusándose de no ir personalmente á darle los agradeci-

¹ Betancourt, trat. de Méjico, cap. 4.

² Eguiara, Biblioteca Mejicana, antelotiquio 1.

mientos de los puestos á que lo destinaba. Cumplida esta obligacion, acompañado de un solo criado, con admiracion de la corte, se fué á encerrar al retiro de agustinos descalzos, que llaman Dolores del Risco, en el obispado de Avila.³ Este año fué memorable por un terremoto sucedido el 19 de Marzo, que atemorizó á los vecinos.

1682. 11. La infructuosa expedicion del Nuevo Méjico en el año pasado, obligó al marques de la Laguna á pensar en algun medio con que pudieran los españoles mantenerse en la posesion de aquel vasto reino. Entre otros se escogió el de enviar una numerosa colonia á la capital Santa Fé. Para esto se despacharon trescientas familias de españoles y mulatos, á quienes por caballerías se repartieron aquellas tierras. Y para condecorar la colonia, libró el Virey despacho en que la hacia ciudad. A mas de esto, se aumentaron las guarniciones en todos los fuertes que habia esparcidos por diversas partes, lo que fué de grande utilidad para contener las provincias vecinas, que á imitacion de los indios de Nuevo Méjico procuraron despues sacudir el yugo de los españoles.⁴ En el mismo año se puso en Méjico juez privativo de alcabalas, á cuyo cargo quedaron los arrendamientos en todo el reino. Consta que era regidor al mismo tiempo, D. Diego Pedraza Vivero.⁵

³ Gemelli, giro del mundo, p. 6. lib. 3. cap. 1.

⁴ Betancourt, tom. 1. trat. de Méjico. capítulo 5.

⁵ Instrumentos mejicanos.

LIBRO NOVENO.

SUMARIO.

- 1º—Don Isidro Otondo que habia llevada á Californias una colonia, da vuelta á la Nueva España por no hallar donde establecerse. Agramont entra en Veracruz.—2º Saquea aquella plaza. Antonio Benavides que se vendia por visitador, es ahorcado.—3º El marques de la Laguna encarga al gobernador de la Habana, que envíe una vela á buscar por el seno Mejicano el lugar donde los franceses se habian establecido. Se le hacen honras en Méjico á D. Fr. Payo de Rivera.—4º Los corsarios infestan las costas de Nueva España.—5º Apresan la vice-Almiranta de una flota.—6º Pasan al mar del Sur, é intentan en el puerto de Acapulco robar una nave Peruana.—7º Se apostan entre el cabo Corrientes y la costa para apresar la nave de Filipinas, que se les escapa.—8º Se encomienda á los padres de la compañía de Jesus la reduccion de los californios, y se escusan.—9º Avisa Barroso no haber hallado en el seno Mejicano colonia francesa. Llega de Virey á Veracruz el conde de Monclova, y envia naves á buscar la dicha colonia.—10º Vuelven las naves sin hallar rastro de franceses. Se ponen presidios en Coahuila. 11º Por relacion de otro prisionero se envia otra nave á buscar la colonia de los franceses. Entra de Virey el conde de Galve, y llegan franceses al Nuevo Méjico.—12º El gobernador de Coahuila halla un fuerte comenzado, y á muchos franceses muertos. Se avisa al Rey, que manda echarlos de la isla española.—13º Se levantan los Taramarcas, y el jesuita Salvatierra los apacigua.—14º Se vuelve á tratar de poner presidio en Californias. Se guarnece la bahía de S. Bernardo.—15º Llegan los españoles á la isla de Santo Domingo, y sabido donde tenian su campo los franceses, van á ellos.—16º Vencen los españoles á los franceses de la isla española, y queman el Guarico y otras poblaciones.—17º Se pone presidio en Tejas. Hambre en Méjico.—18º Sigue la hambre. Los ricos hacen grandes limosnas.—19º Gran tumulto originado de la hambre. Se incendian los archivos. D. Carlos de Sigüenza y Góngora procura salvar el de la ciudad.—20º Se ajustician los autores de los incendios. Se les cortan á los indios las melenas; se les quita el pulque. Manda el rey fortificar á Panzacola.—21º Se diseña el fuerte y poblacion de Panzacola. Se lleva al cabo el mandamiento del virey de echar de los corrales y casas ricas á los indios.—22º Carestia de maizes y epidemia.—23º Gran temblor en Méjico. Derrota de los franceses en la isla española. Muerte de la madre Sor Juana Ines.—24º Se llevan soldados y familias á Panzacola.— Una escuadra francesa espera inutilmente la flota que salia de Veracruz.—25º El P. Juan Maria de Salvatierra emprende la conversion á la fé de los californios, y para este fin junta limosnas.—26º El provincial de la compañía de Jesus pide al obispo de Michoacan virey, que le conceda á su religion convertir á los californios, lo que obtiene con la condicion de que sea sin gasto del erario.—27º Llega la nave á Filipinas. Gran temblor en Nueva España. Se atumulta la plebe por la carestia de viveres.—28º Entra en Californias el P. Salvatierra con un capitán, cinco soldados y tres indios. Al puerto de S. Dionisio llama de Loreto.—29º Se celebra en Nueva España la noticia de la paz.—30º Muere D. Carlos de Sigüenza y Góngora. Su elogio.